

NEW LEFT REVIEW 128

SEGUNDA ÉPOCA

MAYO-JUNIO 2021

EDITORIAL

SUSAN WATKINS Cambios de paradigma 7

ARTÍCULOS

GEORGI DERLUGUIAN Una pequeña guerra mundial 28

ANTON JÄGER Regiones rebeldes 55

ESCUELA DE FRANKFURT Teorías de la necesidad 81

WILLIAM DAVIES Políticas del reconocimiento 95

FRANCO MORETTI *Bande à part* 115

KENTA TSUDA Cuestiones sobre el decrecimiento 127

CRÍTICA

DANIEL FINN Iglesia militante 150

J. X. ZHANG Los significados de Tiananmen 161

MICHAEL LIPKIN Domesticar a Hegel 175

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

ts
d traficantes de sueños



CRÍTICA

Giuliana Chamedes, *A Twentieth-Century Crusade: The Vatican's Battle to Remake Christian Europe*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2019, 440 pp.

DANIEL FINN

IGLESIA MILITANTE

En los inicios del periodo que Giuliana Chamedes ha seleccionado para estudiar el catolicismo internacional durante la era europea de las catástrofes, el Papa está rabiando en su tienda, conceptualizándose como el «preso del Vaticano», de la misma manera que sus predecesores habían hecho desde que el Risorgimento privó al papado de su gobierno sobre los habitantes de Roma y de Italia central. Un regimiento invasor francés ha puesto fin a la breve república romana de 1848, permitiendo que el Vaticano condujera de vuelta al gueto a la población judía de Roma y restaurara la autoridad de la Inquisición local. Esta vez, sin embargo, no habría un caballero contrarrevolucionario de brillante armadura que cabalgara para rescatar al Papa. Los líderes de la Iglesia católica denunciaron al nuevo Estado italiano por invadir sus derechos sagrados, orientaron a su grey a boicotear sus estructuras y se retiraron a un pedazo de territorio en torno a San Pedro. Un poder temporal, que se remontaba a la antigüedad tardía, que había sobrevivido a las incursiones visigodas y lombardas, árabes y normandas sobre el suelo de Italia, ahora parecía haber encontrado su némesis bajo la forma de Garibaldi y Cavour.

El término «prisionero del Vaticano», aunque sin duda es memorable, podría decir que se permite cierta licencia poética, como señalaba en 1887 un miembro discolo de la infantería espiritual de la Iglesia. El padre Eugene Sheehy era un cura irlandés partidario entusiasta de la Land League, cuyo Plan of Campaign el Vaticano había condenado enérgicamente como gesto de solidaridad hacia la clase terrateniente en general y hacia el gobierno británico

en particular. Sheehy le devolvió el favor con un famoso sermón con ocasión del Óbolo de San Pedro, una colecta anual para el obispo de Roma.

Sheehy empezó señalando que sus parroquianos seguramente habrían escuchado al Papa referirse a sí mismo como el «prisionero del Vaticano», lo que probablemente evocaría determinadas imágenes en su cabeza de los «amigos y parientes que estaban presos en aquel momento por haber tomado parte en el Plan of Campaign, un movimiento moralmente legítimo respecto al cual los británicos habían logrado convencer al Papa para que lo condenara». Sheehy acababa de visitar a su hermano, un congresista nacionalista, en la cárcel de Tullamore:

Estaba desnudo en su celda, en este tiempo helador, porque con razón se niega a vestir la ropa de la cárcel, puesto que no es un criminal. Es posible que os hayáis imaginado al Santo Padre soportando condiciones semejantes. Permitidme que alivie vuestras angustias. El año pasado visité al Papa en Roma. Vive en un amplio y espléndido palacio por el que tiene libertad de moverse. Come y bebe lo que le place. Tiene muchos criados. En nada se parece el Vaticano a la cárcel de Tullamore.

Sheehy terminaba con un claro requerimiento: «No sois gente rica, pero contribuiréis en lo que creáis que os podéis permitir para apoyar al “prisionero del Vaticano”». Como recordaba con regocijo el sobrino nieto de Sheehy, Conor Cruise O’Brien, «ni un penique llegó ese año a manos del Vaticano procedente de la parroquia de Bruree».

A pesar de los esfuerzos de Sheehy, una generación más tarde el Vaticano seguía disponiendo de recursos considerables y estaba dispuesto a emplearlos. El relato que nos proporciona Chamedes documenta minuciosamente sus esfuerzos sostenidos para hacerlo en una Europa zarandeada por la guerra y la revolución a medida que los sucesivos Papas salían de su espaciosa jaula dorada en Roma con dos objetivos indisolubles en mente: garantizar la posición de la Iglesia en una época revuelta mediante los concordatos con las autoridades seculares y desplegar el poder católico para apoyar a las fuerzas políticas –reaccionarias, antiliberales, autoritarias– con las que el Vaticano se entendía mejor. La violencia que se desplegó en apoyo de esas fuerzas, a menudo con la aprobación explícita de la Iglesia, justifica ampliamente la elección del término «cruzada» por parte de la autora como rúbrica organizativa.

Chamedes comienza su relato en los últimos momentos de la Primera Guerra Mundial, bajo el papado de Benedicto XV (1914-1922). La diplomacia vaticana se había inclinado a favor de las Potencias Centrales, gracias en parte a la relación entre Roma y una camarilla de políticos católicos alemanes agrupados en torno a Matthias Erzberger (la sugerencia de Erzberger de que la guerra «ofrecía al Papa la ocasión de reclamar una completa libertad e independencia» después de la humillación de 1870 proporciona el epígrafe del capítulo inicial). Los funcionarios vaticanos hicieron presión contra la

intervención estadounidense en el bando aliado. Cuando estos intentos se revelaron inútiles, Benedicto xv presentó un plan de paz de siete puntos en agosto de 1917, esperando «responder al espectro de un acuerdo de posguerra wilsoniano y robar el fuego a los socialistas» (Al káiser Guillermo II, a quien se le había consultado el plan, este último objetivo le pareció especialmente recomendable).

Los líderes de las Potencias Centrales rápidamente avalaron la plataforma vaticana, que pedía el regreso al *statu quo* territorial anterior, incluyendo la conservación del Imperio alemán, y pidieron a los Estados que «no se separaran de la sagrada religión de Jesucristo, de quien su autoridad recibe tanta fuerza y apoyo». Los elogiados Catorce Puntos de Woodrow Wilson se formularon en parte como respuesta al gambito diplomático del Papa. Como señala Chamedes, ambos, Benedicto y Wilson, invocaban el concepto de autodeterminación, pero el impulso político de sus argumentos apuntaba en direcciones opuestas: para Benedicto xv, el objetivo de la «autodeterminación» era desgajar las naciones más pequeñas del imperio zarista y colocarlas bajo la hegemonía alemana; para Wilson, el lema pretendía servir como escalpelo que desmembrara las Potencias Centrales. Ninguno de ellos pretendía, ni por asomo, que el derecho a la autodeterminación se concediera a las colonias europeas en África y Asia.

1917 también contempló la finalización de un gran proyecto que había lanzado el Vaticano como respuesta a las reformas seculares francesas de 1903-1904. En mayo de ese año, los funcionarios vaticanos finalmente desvelaron el nuevo Código de Derecho Canónico, explícitamente modelado sobre los códigos civiles del siglo XIX y concebido como «una apuesta por dotar a la Santa Sede de una apariencia “estatal”, aunque su soberanía territorial estuviera en la cuerda floja». El Código, que sintetizaba y modernizaba siglos de añadidos misceláneos, aportaba un sustrato intelectual para el arma diplomática clave del papado en los años de la posguerra. Eugenio Pacelli, que se convertiría después en Pío XII, argumentaba que los concordatos, un clásico del regateo católico con las autoridades seculares desde el siglo XII, deberían reconceptualizarse como tratados bilaterales entre dos entidades soberanas, siendo el Vaticano una de las partes del acuerdo. Este planteamiento podía emplearse, creía Pacelli, para garantizar la incorporación del derecho canónico en los códigos legales de los Estados-nación europeos.

El hombre que escogió Benedicto xv para traducir la visión de Pacelli a la realidad fue un «bibliotecario papal carismático, de ingenio y lengua afilados», Achille Ratti, que después sería papa, emparedado entre los dos hombres, con el nombre de Pío XI. Su patrón lo envió a Europa del Este en tanto que Arzobispo Titular de Lepanto, con todas las connotaciones de lucha contra los infieles que implicaba ese título honorífico. Su primera misión fue negociar concordatos con Polonia y con las naciones del Báltico a

medida que estas aparecían sobre el escenario europeo, primero a la sombra del Tratado de Brest-Litovsk y después tras la derrota alemana. Mientras que Polonia y Lituania eran Estados de mayoría católica, Estonia y Letonia únicamente albergaban poblaciones católicas reducidas, un mero 0,2 por 100 en el caso de Estonia, algo que Ratti no consideraba que fuera un obstáculo para lograr un acuerdo.

Por muy limitado que pueda haber sido el campo del «poder duro», el Vaticano podía ofrecer a estos nuevos Estados su sello de legitimación, un recurso muy útil en una región plagada de fronteras en disputa y de sentimientos de revancha. A cambio la Iglesia se garantizaba el derecho de conservar sus propias escuelas y sus asociaciones culturales; sus propiedades quedaban exentas de impuestos y protegidas de la confiscación y su clero se libraba del servicio militar. En Polonia el Vaticano asignó Danzig a la nunciatura papal polaca y no a la alemana, una victoria simbólica vital para el nuevo Estado. La Iglesia también prestó su apoyo a una campaña de «polonizar catolizando» en las nuevas fronteras del Estado, abrazando el vínculo explícito que se forjaba entre la identidad religiosa y la identidad nacional.

El cardenal August Hlond captó inteligentemente la realidad del arrogante privilegio que subyacía tras las incesantes protestas de victimización: «Una Iglesia que se rebaja al estatus de una asociación, que existiera bajo las leyes civiles, sería una Iglesia oprimida». Los funcionarios vaticanos atesoraban el estatus que les concedía el intercambio de este tipo de favores, en especial porque detestaban la nueva Liga de las Naciones, a la cual consideraban un organismo liberal que pretendía usurpar las prerrogativas supranacionales de la Iglesia. La elección de su cuartel general en Ginebra, la ciudad de la «masonería internacional», añadía el insulto a la injuria.

El trabajo de Ratti en Europa del Este había normalizado la nueva acepción de los concordatos. Ahora, confrontado a la ola de radicalismo izquierdista, el Vaticano empezó a presentar la «diplomacia del concordato» no solamente como una herramienta para que los Estados logaran sus fines territoriales, «sino también como una forma de luchar contra las fuerzas políticas socialistas y comunistas que estaban adquiriendo impulso». Como muestra Chamedes, el Vaticano respondió inicialmente a la Revolución de Octubre con una sorprendente ecuanimidad, esperando que el gobierno bolchevique resultara ser efímero o al menos ineficaz, y observando la contundente derrota de la Iglesia ortodoxa con cierta complacencia anticipada:

Los mismos comentaristas católicos que se angustiaban sobre las semejanzas existentes entre 1789 y 1917 simultáneamente mantuvieron abierta la posibilidad de cerrar un concordato con los bolcheviques. Tal vez, señalaron, este era el momento de reconquistar las vastas tierras rusas para Cristo.

Mientras el Ejército Rojo se precipitaba sobre Varsovia, Achille Ratti recibió instrucciones de la Santa Sede para que permaneciese sobre el terreno para así poder lanzar sondeos diplomáticos a los bolcheviques, si se diera la circunstancia de una victoria soviética. Los publicistas católicos más tarde reinterpretaban este embarazoso episodio como la «prueba de la valentía papal ante el comunismo internacional», donde Ratti supuestamente llevaba el socorro de la Virgen María a los ejércitos polacos.

Los movimientos revolucionarios en tierras que el Vaticano ya consideraba suyas se encontraron con una hostilidad implacable por parte de los emisarios de la Iglesia. En 1917 Eugenio Pacelli estaba en Baviera en calidad de nuncio papal, rodeado de una camarilla que era «decididamente anti-progresista». La estrepitosa caída de las monarquías católicas de Baviera, Austria y Hungría a finales de la guerra horrorizó a Pacelli, que denunció que las nuevas repúblicas eran el producto «del perjurio y de la alta traición». Rechazó los intentos del líder socialista bávaro Kurt Eisner de establecer relaciones con el Vaticano, desdeñándole en una carta dirigida a Roma como «un ateo, un socialista radical» y «para colmo, un judío de Galitzia».

Con la aprobación de Pacelli, la jerarquía bávara ahora apoyaba con todas sus fuerzas al ultraconservador Partido Popular Bávaro (PPB) y despreciaba Berlín como la ciudad de «los judíos y el asfalto». Tras el asesinato de Eisner a manos de nacionalistas de derecha, Pacelli por supuesto reaccionó horrorizado ante la fugaz República Soviética de Baviera. Él y el PPB dieron un entusiasta apoyo a la contrarrevolución militar y su correspondiente baño de sangre. El periódico diocesano llevaba un sencillo mensaje: «Ciudadanos de Múnich, estad agradecidos». Posteriormente Pacelli logró convencer al Vaticano para que firmara un concordato independiente con el gobierno local, informando a sus superiores que «Baviera, junto con el resto de los estados de Alemania meridional, puede constituir una base eficaz contra la marea del bolchevismo».

Los acontecimientos en Baviera fueron la señal del levantamiento del telón para la respuesta vaticana ante el fascismo italiano. El periódico del Vaticano, *L'Osservatore Romano*, despreció abiertamente al proletariado en huelga durante el *biennio rosso*:

El obrero come bien, viste bien y se divierte de maneras que eran inimaginables antes de la guerra. Esta comodidad y frivolidad también posibilitan que el obrero se entregue a huelgas prolongadas, demostrando así que posee recursos de sobra.

Los funcionarios vaticanos consideraban al primer ministro liberal Giovanni Giolitti un líder débil sometido a la influencia «masónica» y anhelaban un movimiento político que respetara la «justicia, el orden y la religión». Achille Ratti, para entonces instalado como arzobispo de Milán, concedió a

los camisas negras de Benito Mussolini permiso para asistir a los servicios religiosos de uniforme y acogió bien las señales de que Mussolini estaba dispuesto a enterrar la retórica anticlerical en su camino hacia el poder. Cuando Ratti se convirtió en Papa en febrero de 1922, se negó conspicuamente a apoyar al Partido Popular, un primer intento de construir una fuerza cristianodemócrata en la política italiana, y rechazó rotundamente cooperación alguna entre los católicos y los partidos socialistas de todo tipo en la defensa de la democracia parlamentaria.

El Vaticano fue debidamente recompensado por sus servicios a Mussolini con la firma de los Pactos de Letrán en febrero de 1929. No solamente se reconocía el catolicismo como religión del Estado, impartiéndose obligatoriamente en las escuelas públicas, sino que el Vaticano mismo recibía 44 hectáreas de territorio soberano en el corazón de Roma más una generosa contribución en efectivo del Estado italiano para que pudiera ocuparse de sus asuntos financieros. *L'Osservatore Romano* festejaba la ocasión retirando la frase *Non Praevalebunt* «No prevalecerán» de su rúbrica por primera vez desde 1870. La única tensión se produjo cuando Pío XI exigió más medidas para reducir la influencia de las minorías religiosas: el líder fascista «cumplió con la mayoría de las peticiones, a la vez que mascullaba que las preocupaciones de la Iglesia eran exageradas y que probablemente tenían como fin “suprimir por completo la libertad de culto”».

El entendimiento con Mussolini llegó precisamente cuando el Vaticano estaba adoptando un giro decisivo contra el comunismo soviético, promoviendo su propia marca de «internacionalismo católico» e incluso inaugurando un premio a la mejor novela anticomunista. Chamedes se gana nuestra gratitud por su paciencia a la hora de recorrer las sucesivas ganadoras, entre la que se econcontró *Jesuitas, filisteos y bolcheviques*, un libro que, según su resumen, «cuenta las aventuras de un trío de hombres musculosos, atractivos e inteligentes: un periodista católico alemán, un jesuita italiano y un sacerdote católico», que emprenden una misión para demostrar las virtudes de un «sistema político antiliberal y anticomunista» imbuido de las enseñanzas sociales del catolicismo:

En sus viajes por Europa y el Norte del África, los protagonistas suelen enfrentarse (y dar palizas) a los comunistas. Felizmente, suelen salir victoriosos de las innumerables broncas y escaramuzas no solamente porque el periodista alemán es un experto en jujitsu y el periodista italiano «golpea con enorme fuerza». Escrita en 1933, en vísperas de la ascensión al poder de Hitler, la novela transmite un mensaje claro: para combatir el comunismo, Italia, Alemania y el papado tienen que aliarse y no dudar a la hora de usar medios violentos. Dada la enorme implicación de los funcionarios papales en el proceso de adjudicación de los premios, podemos deducir que consideraban que la novela era considerada digna de aplauso.

El estatus minoritario del catolicismo en el conjunto de Alemania garantizaba que el Vaticano jugaría allí un papel menos importante de lo que lo hacía en la política italiana. No obstante, la Iglesia católica no hizo sin duda ningún intento de bloquear el auge del nazismo. El nuncio papal, Cesare Orsenigo, nombrado en 1930, pidió una «actitud de paciente y cuidadosa espera a los católicos» ante el Partido Nazi. En marzo de 1933, Eugenio Pacelli alabó a Hitler como «el primer (y único) dirigente que hasta la fecha se ha pronunciado públicamente contra el comunismo», y los obispos alemanes señalaron su disposición a retractarse de sus críticas previas al movimiento de Hitler, si su gobierno demostraba su buena disposición hacia las necesidades de la Iglesia y «seguía firme en la batalla contra el avance del bolchevismo y de la inmoralidad pública». Poco después los obispos alemanes levantaron la prohibición de que los católicos se afiliaran al NSDAP. Estos gestos ayudaron a allanar el camino para que los representantes del Partido del Centro votaran a favor de la Ley Habilitante que consagró la dictadura nazi.

El punto álgido del apoyo del clero a la derecha autoritaria llegó con el estallido de la Guerra Civil española. Los obispos españoles habían denunciado a la Segunda República en 1931 como «un metódico plan de acción masónico-bolchevique para descristianizar España». Los funcionarios vaticanos anatemizaron a los católicos vascos que se sumaron a la coalición del Frente Popular: Pío XII se negó a recibir a un grupo de peregrinos vascos en febrero de 1936, o incluso a aceptar su donación de 25.000 liras para el Óbolo de San Pedro. La Iglesia se sumó al golpe de Franco, describiendo el conflicto como una guerra santa —«una reedición en el siglo XX de las Cruzadas medievales», en expresión de Chamedes— con la Radio Vaticana celebrando la eliminación de la educación laica en el territorio ocupado por los franquistas como un «gran despertar religioso». Una encíclica papal de 1937, *Firmissimam Constantiam*, legitimaba explícitamente la lucha armada contra los enemigos de la Iglesia; aunque en teoría versaba sobre México y el gobierno de Lázaro Cárdenas, sus redactores claramente tenían en mente la batalla por España.

Eugenio Pacelli ascendió al trono de San Pedro en marzo de 1939 con el nombre de Pío XII, poco antes de que el ejército de Franco entrara en Madrid. Envío un mensaje al líder nacionalista felicitándole por su triunfo: «Sinceramente damos las gracias, junto con Su Excelencia, por esta victoria católica, tanto tiempo deseada». El Vaticano no tuvo la menor crítica que hacer a la invasión alemana de Checoslovaquia, pero el pacto de no agresión entre Hitler y Stalin de agosto de 1939 era un asunto totalmente diferente. «El papa estaba desquiciado. ¿Cómo podía un régimen que había sido construido sobre el anticomunismo y que acababa de ayudar a “derrotar el comunismo” en España alcanzar un acuerdo formal y por escrito con la

Unión Soviética?». Pío XII «pidió a los funcionarios italianos que usaran sus relaciones con Alemania para aplicar toda la presión posible» y envió él mismo un mensaje a Berlín: «Los diplomáticos papales informaron a Ribbentrop de que, aunque el movimiento nazi hubiera aplastado el comunismo a principios de la década de 1930, la firma de un pacto con la Unión Soviética nunca se perdonaría».

Cuando poco después se produjo la invasión de Polonia, un país con mayoría católica, Pío XII, según Chamedes, «alcanzó tardíamente la conclusión de que Adolf Hitler era un político calculador a quien no le importaba nada ni la destrucción del comunismo internacional, ni la protección del catolicismo». Se cuidó mucho de no expresar esta opinión en público de manera demasiado explícita, pero evitó respaldar el ataque nazi sobre la Unión Soviética. La razón que expresaba en privado para esta toma de postura era sintomática:

Contrariamente a las expectativas nazis y fascistas, Pío XII no apoyó la invasión. Como explicación le dijo al desconcertado embajador italiano ante la Santa Sede que el nazismo estaba persiguiendo a la Iglesia y que, hasta la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941, el Tercer Reich había sido aliado de Rusia. Esto demostraba que el Tercer Reich era una potencia anticomunista veleidosa: la única potencia europea auténticamente anticomunista era el Vaticano.

Durante el resto de la guerra, el Vaticano volvió a adoptar la «actitud de paciente y cuidadosa espera» de la que hablaba Cesare Orsenigo. El Papa se resistió a la presión de los creyentes católicos y de buena parte del clero y no se pronunció en contra del genocidio de los judíos europeos, pero sacó tiempo para presionar a los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña para que rompieran su alianza con la URSS y pactaran una paz de manera independiente con Alemania. En 1944, Pío XII le dijo al arzobispo de Múnich, con quien había luchado hacía un cuarto de siglo contra Kurt Eisner, que la Alemania de posguerra debería conservar Austria y los Sudetes, para que así fuera una fortaleza contra la Unión Soviética.

Como señala Chamedes, el papado respondió a la ampliación del poder soviético y su impacto sobre la Iglesia con una urgencia que nunca se pudo detectar en sus reacciones ante el nazismo:

Para obtener la atención de la prensa internacional, los funcionarios papales hicieron lo contrario de lo que habían hecho durante el Holocausto: aceleraron el flujo de información, compartiendo informes de los sacerdotes ubicados en Europa Central y Oriental, centrándose en las persecuciones a la Iglesia caecidas en Polonia, Hungría, Rumanía, Ucrania y la Unión Soviética.

Chamedes destaca en concreto la respuesta a lo que ella llama el «juicio y el encarcelamiento espectáculo» del obispo croata Aloysius Stepinac en 1946, que incitó a la Iglesia a organizar una intensa campaña de protesta. Esa campaña

condujo a la fundación del Instituto de Secundaria Arzobispo Stepinac en los alrededores de Nueva York, donde aún sigue. El juicio de Stepinac, acusado de colaboracionismo con el Estado genocida *ustacha*, bien puede haber sido un montaje dirigido por el Estado, pero eso no quiere decir que fuera inocente. Cuando un tribunal croata anuló póstumamente la condena de Stepinac en 2016, el historiador israelí Efraim Zuroff comentó sarcásticamente sobre la absolución del «sacerdote de Ante Pavelić», que había «apoyado abiertamente al régimen que había cometido asesinatos en masa y les había ofrecido apoyo y consuelo espiritual». Esto no ha desalentado a los admiradores de Stepinac, que siguen presionando para que sea canonizado.

A lo largo de las décadas de 1930 y 1940 el Vaticano no ofreció ayuda ni ánimo a aquellos católicos que creían en la democracia y que se posicionaron contra la derecha autoritaria. Ahora, en cambio, ya vencidas las potencias del Eje y con Europa aparentemente a punto de dar un brusco giro a la izquierda, a la Iglesia le pareció conveniente abrazar la democracia cristiana cuando esta se apresuró a llenar el vacío político en Italia, Francia y Alemania. Los antifascistas católicos cumplieron un papel para el Vaticano bastante parecido al que Charles de Gaulle cumplió para la burguesía francesa, aportando una coartada individual y no representativa para una culpa colectiva. La visión del fascismo y del comunismo como dos extremos gemelos, que se había desdeñado en la década de 1930, ahora le convenía a la jerarquía eclesiástica, porque su impulso podía dirigirse exclusivamente contra la izquierda.

Es difícil sobrevalorar la importancia de esta intervención en la política de Europa Occidental. El papel de Estados Unidos a la hora de contener a la izquierda está muy documentado, pero mientras que los atractivos del plan Marshall eran un ancla vital para la emergente alianza antisoviética, no hay cantidad de propaganda posible de la CIA que pudiera aspirar a igualar el alcance general y molecular de la Iglesia Católica en la sociedad europea. Como un organismo ostentadamente no político con un pedigrí antiguo, podía funcionar –y colaborar– con los regímenes autoritarios de derecha sin comprometer irremediamente su posición y después surgir en un paisaje nuevo con sus canales de influencia aún intactos.

Chamedes describe el impacto de la entusiasta movilización de la Iglesia después de 1945:

Como bien sabían los miembros de esos partidos, el éxito de la Democracia Cristiana en las urnas se debía no solamente a su capacidad de explotar el nuevo aire de optimismo religioso y su postura contra el comunismo, sino también a su capacidad única para trabajar con la Santa Sede con el fin de explotar el poder considerable de la Iglesia en la sociedad civil. Especialmente en países como Italia y Francia, la labor de Acción Católica en nombre de la Democracia Cristiana se había demostrado decisiva en las urnas. Si el partido podía confiar en los devotos católicos (con abundantes fondos papales) para hacer las labores pesadas, sería relativamente fácil y barato obtener los votos,

producir propaganda electoral y elevar la conciencia electoral. Era una ventaja que estas organizaciones de la sociedad civil tuvieran también una amplia experiencia en el arte de la movilización popular, gracias en buena parte a la formación que habían recibido durante la cruzada anticomunista del papado durante el periodo de entreguerras.

El Vaticano presionó mucho para que los Pactos de Letrán se incorporaran en la Constitución italiana de 1948. Aunque Chamedes no lo menciona, su éxito final en esta empresa vino después de que Palmiro Togliatti indicara a los diputados comunistas de la Asamblea Constituyente que apoyaran la moción, una apuesta errada y desesperada para lograr el favor de la Iglesia, que se embolsó la concesión de Togliatti y después lanzó toda la artillería de su hostilidad contra su partido. Pío XII tenía un mensaje muy sencillo para las elecciones de 1948, que expresó con una claridad completamente ausente de sus pronunciamientos sobre el nazismo: «O estáis con Cristo, o estáis contra Cristo».

Para que nadie se imaginara que la adopción táctica por parte del Vaticano de la Democracia Cristiana suponía una conversión completa a los principios democráticos, la organización católica Pax Romana eligió Salamanca, la cuna del franquismo, donde el régimen aún estaba rastreando un inmenso archivo en busca de republicanos a quienes perseguir, como sede de su congreso de 1946. El arzobispo de Cardiff elogió al régimen español por su «lucha contra el materialismo y la herejía» en nombre del catolicismo mundial: «Quiero agradeceros el haber salvado a Europa y agradecemos a Dios que os concediera la victoria». A medida que su papado llegaba a su fin, Pío XII alentó las negociaciones conducentes a la firma de un concordato con Franco, que se concluyó con éxito en 1953. Saludaba a España por su «firme devoción a la fe, una fe por la que, como ha demostrado ampliamente, está dispuesta a entregar su vida».

Su muerte y la llegada de Juan XXIII al papado en 1958 proporciona el punto final de la narración de Chamedes, que concluye con una breve mirada hacia el mundo del Concilio Vaticano Segundo, Wojtyła, Ratzinger y el más reciente liderazgo nominal latinoamericano de la Iglesia. Aunque sería un placer que Chamedes pudiera cubrir ese terreno con el mismo detalle, sus limitaciones autoimpuestas de tiempo y espacio son totalmente comprensibles y no le impiden ofrecer la historia que ha querido contar con una desenvoltura considerable. El retrato que traza del papel político de la Iglesia en la Europa del siglo XX es totalmente condenatorio, cuanto más porque no se expone con el estilo de un reportaje periodístico de investigación.

Chamedes no infla la importancia de su tema de manera irracional: en un momento dado dice que «la religión y las fuerzas religiosas fueron un factor, no el factor, en la llegada de la Guerra Fría» y esa misma visión plural de las causas está implícita en el resto del libro. Cualquier intento de cuantificar la

importancia de las diversas intervenciones políticas de la Iglesia requeriría un análisis más detallado de los diferentes contextos nacionales: un balance provisional podría sugerir que, aunque el apoyo del Vaticano a Franco tuvo un valor inmenso y probablemente decisivo, fue un segundo o tercer factor en el auge de Mussolini y Hitler. La movilización clerical a favor de los partidos democristianos de la posguerra fue el ejemplo más claro de una iniciativa católica que bien puede haber cambiado el curso de la historia europea.

El libro concluye con un recordatorio de que «el Papa, un soberano *sui generis*, aún blande un altavoz y lidera a sus seguidores. Aunque el Vaticano no es ni un Estado-nación ni una corporación, sigue siendo un actor político con mucha fuerza». *A Twentieth-Century Crusade* quedará como un relato vital de los usos que se le ha dado a esa fuerza, lo cual hace evitando disculpa alguna y presentándose como un libro exhaustivamente documentado.